



LA MUERTE DEL POETA

Silvio Avilez Gallo*

Hace 75 años, un 6 de febrero de 1916, Rubén Darío emprendió el viaje hacia la eternidad "bajo la crin anciana de su amado León", como lo había deseado. Su nombre pasó definitivamente a ser patrimonio de la humanidad como el nicaragüense más ilustre de las letras castellanas. En este aniversario, es interesante evocar lo últimos momentos de la vida de Darío, que moría en la fe de su infancia, sumido en la pobreza, alejado de su familia, reconciliado con Dios.

Darío había vivido permanentemente acosado por el terror de la muerte y ese sentimiento lo acompañó hasta el final. La obsesión por el más allá se refleja con patetismo en estos versos de "Lo fatal":

*"Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!"*

En otro de sus poemas, "La dulzura del Angelus", vuelve sobre el tema angustioso de la muerte y lo desconocido:

*"Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
de no saber adónde dirigir nuestra proa."*

Si bien el poeta confiesa que cada día se ha afianzado más su seguridad en Dios, en el fondo lo atormenta la idea fija de la muerte; por momentos duda hacia dónde va y de dónde viene, no obstante que la fe lo hace nuevamente exclamar en "Spes":

*"Jesús, incomparable perdonador de injurias,
oye; Sembrador de trigo, dame el tierno
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno,
una gracia lustral de iras y lujurias.*

*Dime que este espantoso horror de la agonía
que me obsede, es no más de mi culpa nefanda,
que al morir hallaré la luz de un nuevo día
y que entonces oiré mi ¡Levántate y anda!"*

Y es más explícito y enfático aún cuando afirma:

*"Yo soy en Dios lo que soy
y mi ser es voluntad
que, perseverando hoy,
existe en la eternidad.
[...] ¡Señor, que la fe se muere!
Señor, mira mi dolor.
¡Miserere! ¡Miserere!
Dame la mano Señor..."*

Darío se recrimina por no tener la firmeza de esa convicción

cristiana que tanto anhela; parece envidiar la seguridad de otros y se hace un reproche por las dudas que sitian el castillo de su fe cuando dice en "La Cartuja":

*"¡Ah! Fuera yo de esos que Dios quería
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y ¡Requiescat in pace!"*

A medida que el poeta madura, se van aquietando sus temores. Están lejanos los días en que arremetía con furor juvenil contra la religión de Cristo. Poco a poco, su espíritu se aferra al convencimiento que sólo en Dios encontrará la paz que tanto anhelaba. Por ello dirige a Dios esta plegaria en "Canto de esperanza":

*"Ven Señor, para hacer la gloria de ti mismo,
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
ven a traer amor y paz sobre el abismo.
Y en tu caballo blanco, que miró el visionario,
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.*

Mi corazón será brasa de tu incensario."

Sorprende la humildad con que el poeta implora a Dios, no para pedirle que lo transforme en heraldo, sino para que haga de él una brasa del incensario de Cristo. La brasa es sinónimo de amor ardiente y así es el amor que Darío siente por Dios, al que ha encontrado al final de un camino tortuoso y tormentoso. De esa lucha consigo mismo, la fe, antaño vacilante, ha salido reverdecida por la esperanza. Darío se muestra impaciente por encontrarse cara a cara con Dios, ahora que, finalmente, está convencido que su tiempo se acaba y que su seguridad sólo puede encontrarla en el Señor. Entonces escribe en el mismo poema:

*"Se han sabido presagios, y prodigios se han visto,
y parece inminente el retorno de Cristo.*

*[...] ¡Oh, Señor Jesucristo! ¿por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre*

las fieras

y hacer brillar al sol tus divinas banderas?"

El amor ha vencido, el amor triunfa sobre la muerte. Así lo confiesa Rubén en "Amo, amas":

*"Amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo:*

Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.

*Y cuando la montaña de la vida
Nos sea dura y larga y alta de abismo,*

Amar la inmensidad que es de amor encendida

¡Y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!"

Darío se encamina paulatinamente hacia su encuentro con Dios. La obsesión de la muerte no lo deja, pero ya no le produce terror, porque ahora sabe adónde va y de dónde viene, como lo afirma en "Pax":

*Y nuestro siglo ecléctico y ensimismado, entre fulgurantes destellos,
verá surgir a Aquél que fue anunciado*

*por Juan el de suaves cabellos.
[...] Cierta que duerme un lobo en el alma fatal del adanida;
mas también Jesucristo no está muerto,*

y contra el homicidio, el odio, el robo,

El es la Luz, el Camino y la Vida".

He aquí que el ciclo poético se cierra con esta afirmación enfática impregnada de una fe serena:

Dios es Luz, Camino y Vida.

Entonces, ante el sendero recto, desaparece la oscuridad que lo aterraba, se despeja la incógnita que tenía forma de cuello de cisne y se calma la obsesión de la muerte, porque al final del camino está Dios, que es Vida, como relata uno de los grandes darianos peninsulares, Antonio Oliver Belmás, en Este otro Rubén Darío:

"En la vertiente cristiana de la poesía de Rubén, la muerte -es lógico- ya no causa terrorífico

espanto. Ahora la muerte yace 'muerta' a los pies de la cruz."

Cuando la muerte toca a la puerta de Darío, el poeta, sumido ya en un mórbido sopor, después de haber recibido el consuelo espiritual de los últimos sacramentos y reconfortado por la Eucaristía, aprieta entre sus crispadas y afiebradas manos el crucifijo que le había obsequiado su amigo Amado Nervo.

El gran dariano nicaragüense Edelberto Torres, en La dramática vida de Rubén Darío, describe así los últimos momentos de vida del poeta:

"Darío está preparado para recibir la augusta visita. El Obispo (Mons. Simeón Pereira y Castellón) pasa entre una valla de estudiantes y penetra a la alcoba en donde se ha improvisado un altar. El poeta moribundo se recoge en sí, conmovido y pálido. Su faz acusa el eclipse final. A las preguntas que le hace el Prelado en materia de Fe, contesta de manera clara y audible: Sí, creo. Enseguida abre la boca para recibir el Pan Eucarístico y hecho esto habla al Prelado: Monseñor, beso la mano. ¡Muchas gracias! ¡Me felicito de haber recibido el Pan de los fuertes...!"

La campana mayor que sostienen los atlantes de la Catedral de León dejó escapar un pesado lamento, que retumbó solitario y quejumbroso en la callada oscuridad de la ciudad para anunciar el fin. El reloj marcaba las 22 horas y 18 minutos del 6 de febrero de 1916. Dice Oliver Belmás en la obra citada:

"Allí quedó muerta su 'muerte', y él totalmente transfigurado"

Veamos un trozo de la oración fúnebre pronunciada en las exequias del poeta por Monseñor Simeón Pereira y Castellón, último Obispo de Nicaragua y primero de León, según lo transcriben Julián N. Guerrero y Lola Soriano de Guerrero en su obra Rubén Darío: poeta místico y diplomático: "Rubén Darío no manchó su alma del mundo; sus obras son el más grande ejemplo de misticismo; y diríase, señores, que sobre las páginas de sus libros y sobre sus estrofas pasó rozando el ala de la mística paloma y el perfume inviolable del incienso de los tempos. [...] Darío, genio; Darío, creyente; Darío, inmortal, ha escalado las cimas celestes y su espíritu fugaz como un pájaro de luz yace en la gloria del Señor."

* Extracto de "La vertiente cristiana en Rubén Darío", Santiago de Chile 1991, ensayo inédito.



Catafalco del Príncipe de las Letras Castellanas, Rubén Darío.